

Me gusta

Leo Timossi



Image not found.

Capítulo 1

Sí hay algo que nos han demostrado las redes sociales en los últimos cinco años (entiendasé, el tiempo que llevan ellos en Facebook, nosotros habíamos llegado un par de años antes) es que nuestros padres, además de tripas, huesos y resabios del *menemismo*, adentro tenían corazones, que no solo se volvían delatores en nuestros actos escolares o cuando nos veían subir a un micro, sino con muchísimas cosas que creíamos que no les interesaban.

Acá yo corto una lanza para bancarlos: muchos venían de una época en la que a sus papás los trataban de usted cuando los veían una vez por semana para fajarlos (cuando los veían, porque fajarlos los fajaban siempre) y la mayor demostración de sentimentalismo se podía ver en una tribuna de fútbol después de un gol.

Ya sé, es una generalización injusta, pero ahora les toca a ustedes defenderme: a mí me encanta esta época en la que vivimos. Y les cuento por qué.

Primero arrancaron en las redes para encontrar amigos del secundario, esos a los que no veían hace veinte o treinta años, primordialmente para chusmear cuantas chapas les quedaron en el balero y organizar alguna que otra fiesta reencuentro. Vale, cumplido.

Una vez superado ese envión inicial, Facebook les pareció una herramienta aburrida, constantemente dinámica, una esponja de tiempo difícil de justificar. Pero caramba, parece que es una moda que no se termina, y encima empiezan a aparecer los celulares que traen la aplicación. Entonces empezaron con los juegos online, con el Angry Birds y el Candy a la cabeza. Pero esa moda no sería eterna.

Entonces, lentamente, empezó a darse el fenómeno que invita a compartir esta reflexión. Inicialmente fue algo chiquito, una colaboración casi culposa, humanitaria y difícil de superar: los papás de Facebook compartían fotos de chicas perdidas, sin chequear el mensaje ni la fecha, generalmente reclamos a lo mejor no obsoletos pero como mínimo, desactualizados.

Esa epidemia se extendió y pronto, expandió sus fronteras: de repente nuestros padres descubrieron que podían ubicar a sus mascotas extraviadas y los padres de otros entendieron, en un acto de compasión, que debían compartir esas fotos porque alguna vez ellos podían estar en su lugar.

En ese momento, algunos papás entendieron que las redes sociales, aunque a veces tóxicas, no siempre son meros conductores hacia la

banalidad.

Solo ahí, en ese momento, empezaron a utilizar los estados para escribir otro mensaje que no sea "*No entiendo esto*" y muchos, enhorabuena, se animaron a contar lo que pensaban, lo que sentían. De la mano de eso, claro, llegaron las amistades que se terminaron por publicaciones políticas.

Pero también llegó una etapa maravillosa de la que somos testigos sin darnos cuenta: estamos en la etapa en la que los papás escriben y reciben *tequieros*. Con frecuencia me pregunto qué tan difícil debe haber sido para un chico, hace no sé, treinta años, decirle esas dos palabras a un padre. Mierda, si para mi es jodido, que nací en el 91. Facebook rompió esas barreras.

Me gusta poder decirle a mi papá que lo quiero, aunque no sea en persona. Me gusta que mi papá lo lea, y lo sepa, y sepa que tiene las redes sociales para decirlo si por esas cosas que tenemos los machos, somos muy machos para decirlo cara a cara y cerveza mediante. Me gusta ver a los padres de mis amigos hacer lo mismo, comentar sus fotos, enorgullecerse de los logros de sus hijos y poder contarlo. ¿Cuántos papás se murieron sin recibir gestos de admiración? ¿Cuántos hijos frustrados andan por ahí sin haber recibido nunca, por vergüenza, una muestra de afecto?

A mí me encanta el 2016. Me gusta poder llorar por amor y por la guerra y que nadie piense que soy puto. Y si piensan que soy puto, me gusta que puedan pensar que lo soy sin restricciones. Y poder serlo, si lo fuera. Y contarle al mundo en un estado de Facebook lo marica que soy y que ese estado se llene de me gustas de los padres de mis amigos que crecieron diciendo puto como una mala palabra.

Las redes sociales son una mierda, y también son maravillosas. Y en este mundo que cada día demuestra ser un mundo un poco más de mierda, yo me voy sintiendo cada vez mejor.